

ra 17 millones de judíos, cuando el odio contra ellos, ampliamente financiado por poderosos grupos interesados, ya ha adquirido proporciones de una psicosis colectiva, en esta hora trágica, sí, es justo recordar que Freud es uno entre estos 17 millones cuyo exterminio se preparó deliberadamente por fuerzas egoístas, y adversas a la huma-

nidad entera, exterminio en la misma forma brutal por la que los turcos de antaño eliminaban a los millones de sus compatriotas cristianos armenios. Justo también recordar en esta hora trágica, que en el seno del pueblo judío destinada para el exterminio, nacieron no sólo los Profetas del *Atniguo* Testamento, sino también los Apóstoles del Nuevo.

NOSOTROS Y EUROPA

POR EUGENIO GONZÁLEZ

De Rev. Nac. de Cultura

SI observamos lo que sucede en las clases dirigentes y urbanas de Hispanoamérica constataremos que ellas presentan los mismos rasgos generales que las clases dirigentes y urbanas de las sociedades occidentales. Desde la Colonia hasta ahora hemos vivido dentro de las formas típicas de Ultramar. Sobre el fondo primitivo y estático de la población indígena, la conquista europea hizo prosperar pequeñas comunidades blancas que mantuvieron, en lo substantivo, la tradición cultural, apenas modificada por las fuerzas imponderables de la nueva sangre y del nuevo paisaje.

La historia de las sociedades hispanoamericanas se ha desenvuelto en dos planos vitales que, aunque bien diferenciados, han solido confundirse en los azares de las contiendas civiles—aquél de las comunidades blancas herederas directas de las formas europeas que continúan en nuestro Continente el proce-

so orgánico de la Cultura, y aquél de los elementos vernáculos, impregnados del paisaje primitivo, que representan los impulsos briosos y originales de la Naturaleza. El conflicto entre cultura y naturaleza late en el fondo del drama americano y explica muchas incongruencias de la política criolla.

Dejando a un lado el caso de Chile en donde por circunstancias de diversa índole se perpetúa orgánicamente el orden colonial, y refiriéndonos a aquellos países más agitados por las guerras civiles—que eran también a menudo luchas de razas y muchas veces conflictos entre el campo y la ciudad—podemos también constatar en ellos el hecho de que se continúa, a pesar de los cruentos azares y los sacudimientos sociales, la tradición cultural del tipo europeo en las antiguas minorías que, de un modo u otro, consiguen imponer su sello a la vida civil.

Pero persiste, en el fondo, el dualis-

mo sociológico hispano-americano. No hay unidad cultural y no hay, por lo tanto, unidad nacional. Por encima de las grandes masas rurales se levantan las pequeñas oligarquías urbanas. Espiritual y materialmente existe un abismo, a primera vista infranqueable, entre estas dos realidades sociales. Una refleja la inercia de la naturaleza; la otra, el dinamismo de la cultura. Al margen de la Historia, apegada al ritmo telúrico, ínfima parte integrante de un paisaje abrumador, la muchedumbre rural permanece sin incorporarse a la sociedad y al Estado, a pesar de la evolución "democrática". Por su parte, la oligarquía urbana sigue de cerca, procurando no quedarse atrás, los cambios que se operan en las sociedades occidentales. Ajusta su vida a los cánones europeos vigentes. Políticamente emancipada, continúa espiritualmente "colonial".

Y no hay en tal proceder, como algunos europeos han afirmado con desprecio, una simple actitud de imitación pueril. Lejos de eso, las minorías blancas no hacen otra cosa que vivir de acuerdo con su verdadera idiosincrasia. Por su estructura espiritual son occidentales aunque otra cosa digan intuitivos como Keyserling. Ningún movimiento ideológico, político, o artístico europeo ha dejado de ser profundamente "comprendido" en los círculos de las minorías cultas hispanoamericanas. Por supuesto la "resonancia social" de tales movimientos en nuestra América es casi nula en comparación con la que tienen en su medio originario. Ello se explica en virtud del dualismo sociológico a que hemos hecho referen-

cia: las masas viven fuera del ámbito cultural.

Para ejemplarizar lo anterior, bastaría recordar la política que han realizado o pretendido realizar, las minorías dirigentes en nuestros países, política que, desde antes de la Emancipación, se ha inspirado siempre en las ideas europeas. La ideología burguesa del siglo XIX fué la que dominó en la mentalidad republicana. Al precipitarse en los últimos decenios los conflictos sociales en el seno de nuestro incipiente industrialismo, los dirigentes del proletariado—casi todos provenientes, por lo demás, de la burguesía semiletrada—han planteado los problemas con criterio netamente europeo, de acuerdo con fórmulas de importación.

La concepción burguesa de la vida que en la actualidad se extiende a los sectores obreros al través de la ideología marxista (una pequeña reflexión hará comprender la verdad de esta aparente paradoja) es un producto genuino de la sociedad mecanizada y utilitaria, una forma de la mentalidad urbana. Algunos líderes hispanoamericanos (de considerable significación personal por lo demás) deseosos de confeccionar una doctrina "original", que refleje adecuadamente la realidad criolla, pero incapaces de superar su formación europea, se dan a tareas tan peregrinas como la de "integrar el materialismo histórico de Marx con el relativismo de Einstein". La fórmula es impresionante, sobre todo para los que no entienden ni lo uno ni lo otro. Que son los más.

Es decir, donde quiera que se mire se ven las inquietudes de Europa, los mitos de Europa, las soluciones de Europa.